

La estimación de los libros en los autores clásicos españoles

Por Miguel HERRERO

Creo que fué Clemencin, en una de sus ilustraciones al *Elogio de la Reina Católica*, quien disertó acerca del valor o coste de los libros en España, antes de la invención de la imprenta. Por los curiosos documentos que allí se citan sabemos que un libro se dejaba en testamento al par que una mula nueva, o se legaba a una iglesia con la condición de que estuviese amarrado con cadena, o se mandaba copiar, gastando en ello cantidades exorbitantes, o se compraba por sesenta florines de oro.

Todo esto pasó a la historia (a la Historia de la Edad Media) el día que un "hombre de muy alto ingenio, sin saber muchas letras", apareció en Andalucía vendiendo *libros de estampa*, muchos y baratos, en sustitución de los *libros de mano*, pocos y caros, que se conocían hasta entonces. Este hombre se llamaba Cristóbal Colón, primer heraldo conocido en nuestra patria del gran invento de Gutenberg.

Muy pronto el valor o coste de los libros había de ser asunto que no habría que ir a investigar en los protocolos notariales, porque el Consejo Real se encargaría de tasar en unos míseros maravedís cada pliego, tasa que tendría que figurar impresa al volver la portada de cada obra, para defensa del curioso lector, cortapisa de autores y libreros desaprensivos y abaratamiento de la cultura. Ya podía escribirse... ¡*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha!*, pues, a tres maravedís y medio cada pliego, y que Unamuno venga luego y escriba sobre esta tasa lo que quiera. El público podrá leer el "Quijote" por *doscientos noventa maravedís y medio*; ni siquiera los 300, en gracia a los números redondos.

Pero contra esta o frente a esta prosaica y material estimación del libro se levanta en la opinión pública la estimación moral, la valoración espiritual de los partos de la inteligencia, expuestos a la puerta de cada cual por el fácil y fecundo arte de imprimir. Sin embargo, el himno que nuestros autores clásicos entonan en loor del libro no es monorrímo. Hay diversidad de opiniones sobre el valor de la lectura, y a esclarecer esta topinión se enderezan los textos que aquí voy a citar.

Un elogio rotundo, retórico y no crítico, de los libros, es el que hace Vicente Espinel:

“¡Oh libros, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir, y centinelas para bien morir! ¿Cuántos hombres de obscuro suelo habéis levantado a las cumbres más altas del mundo? ¿Y cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo? ¡Oh libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo!”

(Espinel: *Marcos de Obregón*, I. Clás. Cast., XLIII, 153).

Estos conceptos generales los suscribirían, sin vacilación, todos nuestros clásicos; pero la carga cerrada no es método muy de su gusto. Mejor es discriminar, discernir entre libros y libros, comparar el valor de la lectura con el de la enseñanza oral, con el de la experiencia visual, etc. Y todos estos puntos de vista son tenidos en cuenta por nuestros escritores del seiscientos. Cervantes, tan viajero y tan experimental, prefiere en muchos casos la información libresca:

“Las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que el que ve con atención, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede a la lección la vista”.

(Cervantes: *Persiles*, III, 8).

Era la misma opinión que profesaba aquel cortesano don Gonzalo de Céspedes y Meneses.

“El que no sabe letras, teniendo ojos no ve”.

(Céspedes y Meneses: *El soldado Pindaro*, I. Rivadeneira, XVIII, 278-b).

Y como los andaluces no pueden prescindir del chiste y el cuento, y lo esgrimen maravillosamente para probar lo que quieren, el Dr. Leiva espeta contra los autores que publican a trochemoche:

“Otra tal fué la de cierto escritor que escribió un libro con los nombres de muchos tratados de que pensaba escribir; y ahora se espera que sacará otro con el de los que no piensa tratar, y se tendrá así por autor de dos tratados nuevos”.

A la misma opinión del médico cordobés se acuesta Saavedra Fajardo en estos términos:

“Entregados los ingenios a esta estudiosa gula, casi todos mueren opilados; en que tiene mucha culpa la emprenta, cuya forma clara i apacible com-

bida á leer; no así quando los libros manuscritos eran más difíciles i en menor número. Quizá por esto se aventajaron en las artes i ciencias los romanos, i los griegos más, porque estudiaban en menos. Procura pues enfrenar este apetito desordenado, i mira más por tú salud, tan gastada "en el continuo desvelo de leturas..."

"Aviendo discurrido, entre mí del número grande de los libros, i de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la emprenta, con que se [h]a hecho trato i mercancía, estudiando los hombres para escribir, i escribiendo para grangear con sus escritos, me venció el sueño..."

(Saavedra Fajardo. *República literaria*. Clásicos castellanos, XLVI, 69 y 71).

Contra esta diatriba de la profusión de libros que, como he dicho, había iniciado Lope de Vega, reaccionó el mismo polifacético Lope, defendiendo el libro fácil por fácil, y el difícil por difícil, es decir, encontrando en todos algo bueno, como ya dijo Céspedes:

 "¿Sabéis leer?
 CELIO Y escribir,
 y aun tengo algunos librillos
 que me enseñan a vivir,
 que son mudos para oïllos
 y dan voces al sentir.

Y contando su vida a la Condesa de Lemus, Amarilis, vuelve al mismo tema:

"Mi vida son mis libros".

(Lope: *La Filomena*, Epist. VII, Rivad., XXXVIII, 422).

Calderón, que tantas ideas de Lope glosó en espléndidas amplificaciones, también desarrolló este pensamiento del libro-amigo:

"Discreto amigo es un libro:
 ¡Qué a propósito que habla
 siempre en lo que quiero yo!
 ¡Y qué a propósito calla
 siempre en lo que yo no quiero,
 sin que puntoso me haga
 cargo de por qué le elijo
 o por qué le dejo! Blanda

su condición, tanto que
se deja buscar, si agrada,
y con el mismo semblante
se deja dejar, si cansa”.

(Calderón: *¿Cuál es mayor perfección?*, II. Rivadeneyra,
I, 76-b).

Con todo lo dicho, parece que Lope no era partidario de la profusión de libros que las prensas de su tiempo daban cada día a luz. Pero esto, más que una opinión general, es una queja del abuso que algunos de sus contemporáneos hacían del artefacto de Gutenberg:

“BARRILDO

Después que vemos tanto libro impreso,
no hay nadie que de sabio no presuma.

LEONELO

Antes que ignoran más siento por eso,
por no se reducir a breve suma;
porque la confusión, con el exceso,
los intentos resuelve en vana espuma;
y aquel que de leer tiene más uso,
de ver letreros sólo está confuso.
No niego yo que de imprimir el arte
mil ingenios sacó de entre la jerga,
y que parece que en sagrada parte
sus obras guarda y contra el tiempo alberga;
Mas muchos que opinión tuvieron grave,
por imprimir sus obras la perdieron;
tras esto, con el nombre del que sabe,
muchos sus ignorancias imprimieron.
Otros, en quien la baja envidia cabe,
sus locos desatinos escribieron,
y con nombre de aquel que aborrecían,
impresos por el mundo los envían”.

(Lope: *Fuenteovejuna*, II. Rivad., pág. 638-c).

Dedicando una comedia a su hijo, vuelve a insistir en el criterio de selección y expone, además, cierta regla de lectura.

Esta crítica del abuso o manía de imprimir que inicia Lope de Vega va tomando alas durante todo el siglo XVII. Nuestro “Médico-filósofo” se expresaba así:

“¡Oh si los que aprueban un libro lo reprobasen cuando lo ven inútil, para que no hubiera en todas facultades tantos que sólo sirven de embarazo y confusión y gastar mal el tiempo de los que estudiamos!”

“Más se supiera con menos libros, si en cada uno no se hallara lo que en otro; porque leer en muchos una misma cosa, no puede dar más ciencia, sino dejar menos vida y perder mal el tiempo”.

(Obra citada, pág. 277).

Otro escritor, en cambio, el Dr. D. Francisco de Leiva y Aguilar, que se intitulaba a sí mismo “médico filósofo”, restringe mucho el valor de la lectura y casi la niega, si no va precedida de la enseñanza oral:

“Galeno dice que nadie sale marinero ni perfecto en otra arte, por sólo leer libros, porque éstos son maestros para los que hubieren oídos en voz viva y no para otros”.

Este buen médico cordobés no discernía entre los tiempos de Galeno y el año 1634, en que él escribía. Con todo, otro ingenio de aquellos mismos lustros, y de talento magno, Saavedra Fajardo, afirmaba asimismo que los libros no sirven en el dominio de determinadas actividades:

“... También noté que no había ningún libro de política del Perfecto capitán, del cortesano, de la memoria artificial y de escriuir cartas, y, cargando la consideración en inquirir la causa, juzgué que aquellos libros, por de poco o ningún fruto, eran excluidos de aquel templo, porque el gobierno, la prudencia militar y civil, la memoria y juicio en escriuir, no se adquieren por reglas humanas, sino por lumbre y fuerza de la naturaleza...”.

(Saavedra Fajardo: *República literaria*. Clásicos Castellanos, XLVI, 103).

No compartimos hoy esta doctrina del autor de las *Empresas*, y mucho menos la de Calderón de la Barca, que lleva la misma doctrina a su máxima exageración:

“¡Qué linda cosa es tener
Ingenio! Miren si afirmo
yo bien que un buen natural
no necesita de libros”.

(Calderón: *De una causa, dos efectos*, I. Rivadeneyra, IV, 112-c).

Veamos ahora la reacción en favor de los libros, en todos sus grados. Desde Mateo Alemán, que afirma, con gran sentido común, "no haber libro tan malo donde no se halle algo bueno",

(Guzmán de Alfarache: *Al discreto lector*. Rivadeneyra, III, 186).

hasta aquel poeta autor de la *Epístola moral*, que con "un libro y un amigo" se consideraba suficientemente equipado para andar el último tercio de la vida. Y aun del amigo supieron prescindir otros poetas, reduciendo el círculo de su sociedad a solos los libros. Oigamos a Lope de Vega:

"Mas ya ves, pues, gran Perseo,
como por dicha has oído,
que huyendo el *vulgo profano*,
a mis libros me retiro;
los amigos verdaderos
que yo tengo, son mis libros:
no doy a nadie en mi casa
lugar, porque no permito
que mis estudios perturben
aun vasallos y vecinos".

(Lope: *El Perseo*, II. R. Acad., VI, 96-a).

Estas palabras que Lope pone en boca del mago Atalante son expresión de su estado de ánimo desahogado en otros muchos lugares. Al Contador Barrionuevo le hace estas confidencias:

"Entre libros latinos y toscanos
ocupo aquí, Gaspar, los breves días
que suelen irse en pensamientos vanos".

(Lope: *Rimas humanas*, parte II. Rivad., XXXVIII, 428-b).

REY ¿Qué libros tenéis?
CELIO Algunos
 filósofos en romance.
REY ¿De caballerías?
CELIO Ningunos,
 que en amor, en cualquier trance
 son, batallando, importunos.
REY ¿Poetas?
CELIO Muchos.

Encerróse conmigo mi fortuna
en un rincón de libros y de flores;

(Lope: *La Filomena*, epist. IX. Rivad., XXXVIII, 427-b).

Mejor aún que libros y flores, dos cosas distintas, plantas y libros, todo
flores:

Os dejo aquí, después de la encomienda
del huertecillo y libros, todo flores.

(Lope: *La Circe*. Rivad., XXXVIII, 409-b).

¿Qué más, ni mejor, se puede decir de los libros?

